

Rompiendo con el mito de un Lenin bueno y un Stalin malo

Robert SERVICE

Robert SERVICE. *Stalin. Una biografía*. Madrid, Siglo XXI, 2006. ISBN: 84-323-1234-7. 708 pp.

El historiador británico Robert Service, soviétólogo reconocido mundialmente por obras como *Historia de Rusia en el siglo XX* y *Rusia: experimento con un pueblo*, tiene en su haber las dos biografías actualizadas más completas y exhaustivas sobre Lenin y Stalin. Si con la dedicada al primer líder de los bolcheviques, publicada en el 2000 y traducida al español por Siglo XXI, Service ya dio sobradas muestras de su talento y sobriedad, con la centrada en su heredero reafirma aquellas virtudes y confirma el impacto que ha tenido entre los estudiosos de la URSS la apertura de los archivos comunistas.

Esa apertura ha sido aprovechada por Service para ofrecernos, en el caso de Lenin, un retrato de éste en absoluto complaciente que presentaría al líder bolchevique como un político sin escrúpulos, maestro en las tácticas faccionalistas y defensor del terrorismo de Estado como un medio para asentar institucionalmente la Revolución. En el caso de Stalin, Service dedica gran parte de sus energías a explicar el modo en que aquél no rompió con la herencia leninista, sino que partió de las instituciones, prácticas e ideología establecidas por el fundador a la hora de organizar su salvaje política de modernización y terror indiscriminado. La tesis de fondo de ambas biografías es romper con el mito de un Lenin *bueno* y un Stalin *malo* y demostrar cómo, desde sus orígenes, el comunismo soviético se caracterizó por su impronta dictatorial y criminal.

La biografía dedicada a Stalin abarca dos dimensiones claramente definidas que se entrecruzan en la mayoría de los capítulos del libro: en primer lugar, la dimensión que afecta a las grandes cuestiones políticas del período stalinista; en segundo lugar, la que se refiere a la persona del dictador, al retrato más personal e íntimo de éste. La primera pone en primer plano la brutal obra modernizadora en que Stalin, tras imponerse en la lucha de facciones abierta tras la muerte

de Lenin a Kámenev, Zinóviev y Trotski, sus más directos competidores en la sucesión, embarcó a la URSS.

Esa obra tuvo dos caras: la colectivización de la agricultura y la industrialización de la economía. La creación de granjas colectivas fue vivida dramáticamente por los campesinos ya que no sólo se acompañó de un plan de *deskulakización* pensado para deportar o masacrar a los supuestamente más ricos de entre aquéllos, sino también porque ponía fin a la NEP, es decir, a aquella Nueva Política Económica que, tras la guerra civil, parecía haber hecho realidad la promesa revolucionaria de la tierra para el campesinado.

La colectivización debía servir para alimentar a los obreros encargados de hacer realidad los proyectos industrializadores y para pagar las importaciones de material industrial del exterior. De ahí que la muerte de unos seis millones de campesinos rusos, fundamentalmente en Ucrania, durante los primeros años de la década de los treinta se debiese al hambre que sembró en el campo la política industrial stalinista. El odio bolchevique hacia el campesino, una clase siempre bajo sospecha comunista por pertenecer al *reaccionario* pasado, alcanzó su paroxismo con Stalin.

La modernización de la sociedad soviética se produjo en un contexto de control político y policial que, inaugurado en tiempos de Lenin, se exacerbó con Stalin. Tal radicalización terminó virando, en los años 1937-38, hacia una purga de proporciones amplísimas del propio partido comunista. El Terror impuesto por Stalin, que Service plantea en una clave antes *intencional* que *funcionalista* para destacar la responsabilidad del líder, conllevó el fusilamiento o condena al *Gulag* de miles de ciudadanos soviéticos entre los que se encontraba un buen número de integrantes del partido comunista y del ejército rojo.

Las falsas acusaciones tejidas contra ellos probarían, según Service, dos cosas: que Stalin quería deshacerse de la vieja guardia bolchevique para crear una *monmenklatura* fanáticamente adepta a su liderazgo y que precisaba de una mano de obra esclava para trabajar en regiones tan inaccesibles como las de la Siberia oriental y así obtener una fuente de abastecimiento *autárquica* para la industria. La era del Terror dejó una secuela psicológica imborrable en la sociedad soviética y apuntaló el liderazgo de Stalin con el arma más mortífera de su tiranía: el miedo arbitrariamente dosificado por el guardián del legado marxista-leninista.

Colectivización, industrialización y terror. Sobre estos tres pilares, Stalin construyó su modelo de Estado, que hacía del comunismo una dictadura asesina y moder-

nizadora cuyo fin era convertir al país de los *soviets* en una potencia mundial. Sin esto, pensaba Stalin, el comunismo siempre estaría amenazado por el Occidente capitalista. El acontecimiento que permitió a la URSS alcanzar su lugar al sol fue la II Guerra Mundial. El heroico comportamiento del ejército y el pueblo rusos en ella, su capacidad para responder al avance alemán y abrir un frente oriental por donde se desangró la poderosa *Wehrmacht*, obligaron a Roosevelt y Churchill a tener en cuenta las exigencias stalinistas sobre el futuro de la Europa oriental. El Estado soviético saliente de la II Guerra Mundial contó con lo que siempre había deseado Stalin: un muro de contención en el Oeste formado por las *democracias populares* que protegiese a la URSS de un posible avance capitalista. Y con más razón a partir del momento en que la interesada amistad de la guerra dio paso al frío enfrentamiento entre los dos bloques de la posguerra.

La política de poder diseñada por Stalin transformó la realidad rusa en un período de tiempo casi increíble por su brevedad y convirtió al país en una potencia temida y respetada en el mundo. El coste de dicha política fueron millones de muertos y la instauración de una atmósfera represiva sin la cual el liderazgo stalinista hubiese tenido pocas posibilidades de perdurar. La mezcla de represión y modernización en un proyecto político de naturaleza comunista que, finalmente, adoptó una fachada *nacionalista* constituye el legado histórico del stalinismo. Éste terminó sacrificando su originaria sensibilidad hacia la *cuestión nacional*, cuyo análisis está entre lo mejor de la biografía de Service, para orientarse hacia una glorificación de *lo ruso* como el bastión inexpugnable de la URSS. El stalinismo, sin embargo, no debe entenderse como un *zarismo rojo* o un nacionalismo de nuevo tipo debido a su impronta comunista, respecto a la cual Stalin siempre asumió su condición de heredero de Lenin, y a la permanencia más nominal que real de un respeto hacia la autonomía administrativa y cultural de las repúblicas soviéticas.

La segunda dimensión de la biografía, totalmente en la anterior, nos deja ver un Stalin mucho más intelectualmente sagaz y políticamente imaginativo de lo que habitualmente se ha dicho de él. El desalmado burócrata sin ideas despreciado por sus compañeros bolcheviques por su falta de vuelo teórico y escasez de dotes oratorias oculta, según Service, a un «intelectual obsesivo y diletante», a un lector voraz atento y siempre a los derroteros tomados por la cultura soviética y a un político capaz que, desde su inicial promoción en el partido por Lenin, dio muestras no sólo de tener un carácter tenaz y resolutivo, hasta el punto de ser despiadado en el cumplimiento de la línea a seguir, sino de poseer la inteligencia política suficiente para hacer propuestas originales. Lenin, por ejemplo, se dio cuenta desde muy pronto de que la aportación de Stalin a la comprensión

marxista de la *cuestión nacional* debía convertirse en una piedra de toque para el partido.

Por otra parte, esa inteligencia política se unía a una voluntad indomable a la hora de sacar adelante su propia visión de las cosas, lo que llevó a Stalin en ciertas ocasiones a enfrentarse a la política oficial del *Politburó*. Cuando esto ocurría y se le exigían cuentas, como en el caso de su desastrosa participación en la guerra ruso-polaca, su táctica era la de amenazar lastimeramente con su renuncia a sus compañeros del Comité Central.

Entre Stalin dotado en lo intelectual y lo político emerge de la biografía de Service como mucho más que un burócrata cerril y despiadado. El tirano que se divertía emborrachando a los miembros de su círculo más íntimo, entre los que se encontraban Mólotov, Kaganóvich, Beria, Voroshílov, etc., para que se les soltase la lengua y desvelaran lo que realmente pensaban, con las terribles consecuencias que ello podría ocasionarles; el déspota cuya política de terror se llevó por delante incluso a algunos de sus parientes; el dictador que sólo mediante la represión logró, a falta de consenso, preservar el régimen comunista fue también un hombre con sentido del humor que sabía ser encantador cuando quería o le interesaba, sensible para la poesía, hábil en el debate de ideas y capacitado para ejercer el liderazgo político. Stalin fue un líder y un asesino que, a diferencia de Hitler, era capaz de rectificar ante la fuerza de los hechos, tal y como demuestra su evolución durante la II Guerra Mundial, en la que terminó aceptando las directrices militares de su Estado Mayor.

La espléndida biografía de Service demuestra, como su anterior trabajo sobre Lenin, que los dos grandes líderes bolcheviques alcanzaron su condición de tales gracias a la posesión de un talento político natural para manejarse con soltura en el impredecible mundo de facciones que era el partido, de una voluntad invencible para sacar adelante sus proyectos y de un convencimiento ideológico fanático, y no hipócrita o meramente estratégico, de encarnar la esencia del marxismo en su discurso y acción, en sus objetivos y tácticas. Al fin y al cabo, las figuras de Lenin y Stalin constituyen un poderoso desmentido de la tesis marxista sobre el lugar secundario que ocupa la política en la evolución histórica porque si ellos y el comunismo han sido representantes de algo es de la Política con mayúsculas. Y esto, la Gran Política, en el siglo XX significa un Estado criminal y totalitario administrador de una legitimidad y un poder inéditos en la historia.

LUIS GONZALO DÍEZ

Profesor de la Universidad Francisco de Vitoria